

El que debía ocupar el primer lugar á la cabeza de los Padres griegos del siglo cuarto, por su melodiosa palabra y su ardiente elocuencia, San Juan Crisóstomo, había nacido ya (1) pero aun no había escrito nada. Ya, sin embargo, se hubiera retirado á la soledad sin las lágrimas de Antusa, su madre, que habiéndose quedado viuda á los veinte años, no quiso volver á casarse por consagrarse enteramente á su hijo.

«Cuando supo mi resolución,—refiere Crisóstomo,—me condujo á su aposento y me hizo sentar junto al lecho en que me había dado á luz.—Hijo mío, me dijo, mi único consuelo ha sido contemplar en tu rostro las facciones del hombre que perdí. Te pido una gracia: no me dejes viuda segunda vez; espera á mi muerte. Cuando me hayas sepultado, cuando hayas reunido mis cenizas con las de tu padre, emprende entonces largos viajes, pasa los mares que quieras; pero mientras yo respire soporta mi presencia (2).»

¡Dulces y tiernas palabras de una madre, que como muchas mujeres cristianas de aquel tiempo, había ejercido sobre el ánimo de su hijo una piadosa influencia! pero aquella creía que la salvación puede conciliarse con el cumplimiento de los deberes domésticos.

Una religión que enseñaba un Dios nacido del seno de una virgen; que representaba á las santas mujeres pendientes de los labios del Salvador, siguiéndole hasta el Calvario, anunciando su resurrección, había penetrado desde luego en el corazón de aquellas que hizo la naturaleza para amar. En el tiempo de las persecuciones las mujeres habían dado mártires á la fe; ahora le daban apóstoles. Macrina, hermana de San Basilio y cristiana fervorosa, arrancó á su otro hermano, Gregorio de Niza, á Platón y lo condujo á Cristo. Nona, la madre de Gregorio Nacianceno, para convertir á su esposo, de día le recitaba las parábolas del Evangelio y de noche arrullaba su sueño con los cánticos sagrados, á fin de suscitar en su espíritu piadosas visiones.

¡Y cuántas nobles matronas no se ven animadas del santo celo de Mónica, madre de San Agustín; de Fabiola, cuyas riquezas sirvieron para fundar un hospicio; de Marcela y de Felicitas, las correspondientes de San Jerónimo; de Demétrida, la más opulenta heredera de Roma, que se encerró en un convento de Cartago; de la piadosa Eustoquia y de su madre Paula, aquella hija de los Escipiones y de los Gracos, que prefiriendo Belén á la ciudad eterna, trocó el oro de sus galas por una cabaña de Judea (3)?»

Otros operarios trabajaban en la propaganda cristiana. Condenando la carne el cristianismo, condenaba la vida á no ser más que una preparación para la muerte. Esta doctrina hizo los monjes (4). Mientras los hombres de gobierno

(1) Fijase su nacimiento en 14 de enero de 347. Como Basilio y Gregorio, fué discípulo de Libanio, que en su lecho de muerte había dicho: «Habrá dejado mi escuela á Juan si los cristianos no nos lo hubieran quitado» (Sozómenes, VIII, 2). De él se dirá: «Más valdría que el sol perdiera sus rayos que Crisóstomo sus palabras.» Su nombre significa boca de oro.

(2) En su tratado *περὶ Ἐρωσώνης*, I, 2. Crisóstomo tuvo, como los dos Gregorios, un episcopado turbado (398-403). Arrebatos de palabra provocaron su deposición de la silla de Constantinopla y su destierro á rudos climas, donde encontró la muerte. Sufrió, sin embargo, por una causa justa: se negó á condenar la memoria de Orígenes, y estaba lleno de mansedumbre para con los herejes, admitiendo que se combatieran las doctrinas, pero no las personas.

(3) San Jerónimo da á Paula este ilustre origen; pero como la llama también: *Agamemnonis inclita proles*, puede dudarse de la primera descendencia. Los conventos de mujeres se multiplicaban ya. San Ambrosio escribió en 377 sus tres libros sobre la virginidad. Su hermana, como la hija de Paula, se consagró al Señor.

(4) Sobre los monjes y eremitas paganos y judíos, véase la monografía del *Scapulum de Menfis*, de M. Brunet de Presles. El antiguo Egipto había tenido también *santas vírgenes*. Plutarco dedica su tra-

organizaban la cristiandad en un poderoso cuerpo para la unidad del dogma y la disciplina, muchos de aquellos á quienes se enseñaba que el cuerpo es la prisión del alma y que la vida contemplativa es el ideal de la perfección, habían huído á la soledad para precipitar allí su unión con Dios por medio de las maceraciones del espíritu y de la carne. Diariamente oían los fieles maldiciones contra la carne y la glorificación de la vida ascética, y á esta vía impulsaban á las almas todos los Padres del siglo IV: Basilio, Efrén y Jerónimo con su instrucción y ejemplo; Gregorio Nacianceno con sus versos y discursos; Ambrosio y San Jerónimo con sus libros y sus cartas sobre los méritos de la virginidad; Atanasio con el carácter que dió á sus monjes en su lucha contra tres emperadores (5). Para él, los solitarios de la Tebaida eran el verdadero pueblo de Dios. Cuando contempla sus monasterios dispersos en las montañas, poseído del entusiasmo de Balaam, exclama: «¡Cuán bellas son tus moradas, oh Jacob, y cuán graciosas tus tiendas, oh Israel!»

«Gocen otros á su sabor la existencia, exclama Gregorio de Nacianzo; yo diré: — ¡Ah! ¡qué larga es la vida! ¿Hasta cuándo estaré envuelto en este fango? He recorrido con el pensamiento los nuevos tiempos y por donde quiera he encontrado que no hay nada más despreciable que el hombre.»

Y San Jerónimo escribía á Heliodoro llamándolo al desierto: «¿Qué haces en la casa paterna, soldado degenerado? Desde lo alto de los cielos ha sonado la trompeta. Si tu padre se tiende á través de la puerta para retenerte, pasa por encima de tu padre.»

Hilario de Poitiers hace más, pues sacrifica una hija suya á la nueva idea. A fin de desviarla de un casamiento que ofrecía todas las conveniencias del mundo, le escribe una carta en que el amor paternal oculta bajo flores la severidad del obispo. No quiere para su Abra más que el Esposo divino, «ese joven de maravillosa hermosura, más rico que todos los ricos de la tierra; que promete á su amada vestidura milagrosa, con la cual no se conocen la enfermedad, la vejez ni la muerte.»

San Jerónimo no quiere que sus penitentes predilectas tengan corazón de madre. Paula abandona á sus hijos por la soledad, y cuando á la muerte de Blesila, su hija, llora sobre la niña que había abandonado, le dice el santo duramente: «Ese dolor contrasta á Jesús;» y le pone por modelo á Santa Melaina, que habiendo perdido en un mismo día á

tado sobre *Isis y Osiris* á una virgen consagrada. Un monumento jeroglífico del Louvre menciona á una abadesa de las reclusas de Ammón, y una feliz casualidad nos ha conservado los anatemas pronunciados por una piadosa egipcia contra su hijo, que había abrazado el cristianismo (Revillout: *Cours de langue égyptique*, p. 31). En fin, el paganismo tenía también mujeres letradas que honraban la filosofía y practicaban la virtud. Las más célebres son: Hipatia de Alejandría, su émula Asclepigenia de Atenas, Edesia, Sosipatra, de quien dice Eunapo que era docta, rica y hermosa, etc. Sobre los monjes de Egipto y sus milagros, véase Sócrates, *Hist. eccl.*, IV, 23.

(5) Sin embargo, este grande amigo de los monjes siente un egoísmo particular que se oculta á veces en el fondo de esta piedad solitaria. «¿Qué responderás, dice á uno de ellos que rehusaba los deberes del episcopado, si dejas á los pueblos sin el pan de vida de que tú solo te sustentas?» (*Carta á Draconcio*.) Su *Vida de San Antonio* hizo la celebridad legendaria de este curioso personaje, que era muy ignorante, pero tenía la doble vista de los alucinados. Atanasio no se atreve á hablar en su nombre de las cosas maravillosas ó terribles que pasaban en la celda del anacoreta y hace que el mismo santo varón refiera á los monjes reunidos sus luchas con Satanás ó sus visiones por demás halagüeñas y encantadoras. Estas turban también en las soledades de la Palestina el espíritu más firme de San Jerónimo, porque son la venganza del cuerpo contra el alma, que le desprecia y le impone sacrificios que la naturaleza no quiere y la carne rechaza.

su marido y á sus dos hijos, no derrama una lágrima y sonríe á los pies de Cristo diciendo: «Ahora estaré más libre para servir al Señor.» Fe ardiente y salvaje, que si merece el cielo, perdería seguramente la tierra.

Desde el tiempo de Aureliano se había retirado Antonio al desierto, pero no había sido más que un simple anacoreta: Hilarion, Pacomio, Macario, San Basilio, etc., organizaron la vida cenobítica, y Martín, legionario de Constancio, fundó en Galia el primer monasterio (1).

Otras religiones conocieron también este espíritu de abnegación y aislamiento, pero sólo el cristianismo hizo de él uno de los elementos de su poder. En los monasterios fué donde formó su más útil milicia, la que á menudo le prestó servicios tremendos, pero también la que en ciertas épocas roturó la tierra y la ciencia, y en todos tiempos abrió seguros refugios donde las almas nobles se sintieron más cerca de Dios y donde otras encontraron un sepulcro en vida para ocultar en él su corazón, roto por el dolor ó la pasión.

Hacia fines del siglo IV sólo Egipto tenía de siete á ocho mil monjes. ¡Cuántos otros no habría en Palestina, en Siria, en el Asia Menor, la Armenia y el Africa! «Las ciudades se despoblaban para poblar el desierto (2).» Estos monjes tenían austeras virtudes, á veces vicios, que San Efrén les reprende, y extravagancias ó rarezas de traje, de lenguaje y de conducta que repugnaba San Jerónimo (3), pero que el pueblo tenía por señales de santidad. La pobreza voluntaria, hora se muestre en los discípulos de Budha, hora en los de San Francisco, gana siempre el corazón de las multitudes, que admiran esa glorificación del desprecio de bienes que no pueden gozar ellas, y las mortificaciones de los monjes parecen entonces en ellos un testimonio del poder del espíritu divino, al mismo tiempo que una expiación de la corrupción del siglo, que no corrigen.

Así, pues, tenían grande popularidad: para sus superio-

(1) San Basilio prefería resultamente para los monjes la vida en comunidad á la vida eremítica ó solitaria. Su regla repartía el tiempo entre la oración, el trabajo manual y el estudio. Sus monjes ayudaban al clero secular en la predicación y en sus monasterios encontraban siempre asistencia los caminantes y los pobres.

(2) San Agustín, que con sus discursos propagó la orden monástica en Africa, muestra en su tratado *Sobre las costumbres de la Iglesia católica*, el gran número de comunidades religiosas que se habían establecido en todo el mundo romano. Así, los emperadores se inquietaron desde muy temprano ante aquella deserción de la vida social (*Cod. Teod.*, XII, 1, 63, anno 365). Véanse también los muy curiosos cánones del concilio de Gangres, celebrado en 376, los cuales son en su mayor parte una expresa condenación de los excesos de la vida ascética y del abandono de los deberes de la familia.

(3) Sus cartas á Eustoquio, al monje Rústico y otros, son severas para los vicios monacales, glotonería y lubricidad; pero en muchas otras, celebra los méritos de la vida solitaria. La Iglesia de Africa hubo de sufrir turbaciones á causa de las disputas que ocasionaban la ociosidad ó trabajo de los solitarios y la vagabundería de los monjes ambulantes. San Agustín, en su tratado de *Opere monachorum* y en sus *Enarraciones in psalmum 132*, vitupera esta piadosa pereza; á instancias del obispo de Cartago escribe contra «los hipócritas que, con hábito de monjes, recorren las provincias, llevando supuestas reliquias, amuletos y preservativos, y exigiendo que la limosna subvenga á su lucrativa pobreza y recompense su falsa virtud.» Uno de sus correspondientes, el tribuno Marcelino, le objetaba que, enseñando el cristianismo que se devuelva bien por mal y que se dé también la túnica al que se lleva nuestra capa, profesaba una moral contraria á la ley civil. Este era ya el raciocinio de Bayle sosteniendo que verdaderos cristianos no formarían un Estado que pudiera subsistir. Verdad es que un anacoreta no es un ciudadano y se sustrae á los fines de la sociedad. Pero el espíritu humano tiene felices inconsecuencias. Cristianos han hecho tan buenos ciudadanos y tan valerosos soldados como un Estado puede desear, y los consejos de abnegación serán siempre útiles, aunque el precepto de presentar la mejilla izquierda al que nos hiere la derecha no haya suprimido la guerra como la prohibición del préstamo á interés no ha suprimido el comercio.

res, para sus obispos, eran discretos y preciosos mensajeros; para los fieles, en días de agitación, ardientes auxiliares contra los paganos y los sectarios.

«Sin los monjes, dice Sozómenes, el mundo hubiera permanecido arriano: un día, quinientos de ellos, llamados á Alejandría por el arzobispo, por poco no matan al prefecto de Egipto.» El ayuno, el éxtasis, las visiones, les daban una credulidad tan ingenua como fuerte, y la Iglesia parecía encontrar en sus celdas la virtud del milagro, que no se veía ya en el clero secular, ahora que vivía á la clara luz.

Pero de todos estos adversarios los más temibles eran el nuevo ideal de esperanza para el cielo, de caridad sobre la tierra, con que el cristianismo había sustituido el antiguo ideal de absoluta abnegación á la patria terrena, y esa disciplina de la Iglesia, que por medio de los sacramentos domina al fiel en los principales momentos de su vida. Cuando las ciudades habían perdido hasta la sombra de sus antiguos privilegios, otra libertad, la de elegir los superiores religiosos y discutir sus creencias, se había producido en el seno de las comunidades cristianas y en los concilios: los pueblos habían encontrado en la religión parte de lo que les había quitado la política, y el episcopado había devuelto á las familias ilustres la influencia de que carecían de mucho tiempo atrás (4).

Por esta parte se explica también el poder de aquella Iglesia, que democrática en su base y aristocrática en sus cimas, reunía en su mano las verdaderas fuerzas sociales.

Hay que considerar también que no era distraída de su obra religiosa por las patrióticas preocupaciones que habían constituido la vida de la antigua sociedad romana. San Basilio escribía: «Los solitarios me han hecho ver cómo el hombre puede ser extraño á las cosas de aquí abajo y vivir en el cielo.» Y en otro lugar: «No hay que dejar en el alma ninguna afección de la tierra.»

Cuando el imperio pareciera derrumbarse sobre las cabezas de sus habitantes; cuando el ejército romano sea exterminado, y un emperador quemado vivo, y se cubran de sangre y ruinas las provincias, este obispo no verá nada, no oír nada de las calamidades públicas: en sus innumerables obras no se encuentra una palabra que nazca de un corazón de ciudadano. Este concepto de la vida estaba en contradicción absoluta con las ideas y los sentimientos que habían hecho la grandeza de Grecia y de Roma, pero dejaba el espíritu libre para la propaganda religiosa y para las contiendas dogmáticas. Juliano no tenía esta libertad. Si piensa demasiado en el Rey Sol, debe pensar también en los francos, en los godos, en los persas y en la administración de un inmenso imperio. Así, pues, será incapaz de luchar contra una fe tan ardiente en favor del paganismo que procura renovar, dándole un carácter que, no derivándose del principio pagano, no podía durar ni menos extenderse.

III.—JULIANO EN ANTIOQUIA (julio 362—marzo 363). LA GUERRA DE PERSIA: MUERTE DE JULIANO

Juliano permaneció hasta junio de 362 en Constantinopla, de donde partió para preparar una grande expedición contra Persia. Atravesó lentamente el Asia Menor, por Nicomedia, recién destruída por un terremoto, cuyo desastre

(4) Antes de ser obispos, Ambrosio había sido gobernador de provincia; Paulino de Nola, cónsul; Nectario, pretor; Sinesio, el más rico ciudadano de Cirenáica, etc. En cuanto á la participación del pueblo en las elecciones episcopales, se hace constar á cada instante en el siglo IV. Pero se prueba también la tendencia de los grandes obispos á reducir lo posible el derecho popular. Basilio y el Nacianceno que-

socorrió; por Pesinonte, donde adoró a la *Bona Dea* y escribió un tratado que explicaba el misterio de los singulares amores de Cibele y de Atis; por Ancira, Cesarea de Capadocia (1), al pie del monte Argeo, la más alta cima del Asia Menor, y por la ciudad de Tarso, la última grande etapa antes de llegar a Antioquía.

De camino aprovechaba las ocasiones que se le ofrecían de ejercer su papel de justiciero, y lo ejercía bien. Si en Ancira sometió al castigo de las varas a un cristiano, de nombre Braulio, no fué sino con razón sobrada, pues el cristiano lo agravió con palabras fatídicas, que según las leyes del imperio y las antiguas ideas religiosas constituían crimen de lesa majestad. «Jesucristo te castigará muy pronto, le dijo. Morirás en atroces tormentos, y tu cadáver, privado de sepultura, será pisoteado (2).»

Pero un conde que quiso merecer bien del príncipe, dió muerte al temerario. Sozómenes atestigua que no estaba autorizado para tanto, y más lejos veremos que Juliano no quería absolutamente hacer mártires, teniendo a estos muertos por más peligrosos que los vivos. En otro tiempo no había más que un amo en el imperio, y era menester respetarlo de palabra y obra; ahora hay dos, y los cristianos no obedecen ya al segundo cuando el primero no les gusta.

Juliano entró en Antioquía el día en que la ciudad celebraba con gran pompa la fiesta de Adonis. Olvidó allí sus agravios ó se mostró olvidadizo, se negó a recibir una acusación contra uno de los espías que habían perdido a Galo, y despidió sin palabras severas a un decurión que había pedido a Constancio la cabeza del César de las Galias para exponerla como un trofeo de victoria en los muros de su ciudad. El pobre hombre temblaba. «No temas, le dijo el nuevo Augusto; si tengo enemigos, quiero disminuir su número.» No tenía, sin embargo, la benevolencia trivial que enerva la justicia embotando su cuchilla. Dos conspiradores fueron ejecutados con muchos odiosos agentes de las crueldades de Constancio, el notario Gaudencio, el vicario Juliano y el duque de Egipto, Artemio, culpable de extorsiones, pillajes y homicidios.

Este duque hubo de haber tenido, al parecer, por cómplice de alguna de sus fechorías a Jorge, obispo semi-arriano de Alejandría (3), y al saber que Artemio había sido decapitado en Antioquía, el populacho pagano acometió al

rían ya que sólo el clero hiciera la elección, es decir, la influencia del metropolitano. «Son asuntos nuestros», decía el padre de Gregorio al gobernador de Cesarea. Y Basilio escribía: «Sólo a Dios pertenece designar a los que lo representan sobre la tierra» (Greg. I, p. 309-10; Basilio, *Cartas*, 28 y 230).

(1) En Cesarea se acababa de hacer una elección episcopal tumultuosa que le contrariaba, porque se había elegido a uno de los hombres más considerados de la ciudad, lo que arrebatava un rico a su senado municipal. Quiso anular el acto, pero el viejo obispo de Nacianzo, padre de Gregorio, reclamó y hubo de ceder Juliano (Gregorio Nacian., I, 309, Billy).

(2) XXII, 10; Sozómenes, V, 12. No eran raros estos excesos de palabra hemos visto a los más santos varones autorizarlos con su ejemplo: San Jerónimo llama a Juliano *perro rabioso*, y las dos invectivas de Gregorio tienen extremada virulencia. En cuanto a los actos de San Basilio de Ancira, Tillemont (IV, 698) no se atreve a garantizar su autenticidad.

(3) A. Marcelino, XXII, 11: *Alexandrini... viperis, ut ita dixerim, morsibus ab eo sapius appetiti*. Los católicos acusaban a Jorge de haber exigido dinero por los bautismos, los entierros, etc., y de haberse asegurado el monopolio del salitre, de la sal y del papiro. Los arrianos habían hecho a Atanasio las mismas inculpaciones. Estos abusos acaso tenían por causa inocente ciertos usos de la Iglesia de Alejandría que se trasformaron en monopolios perjudiciales a los negociantes de la ciudad. Pero siempre queda contra Jorge el testimonio de A. Marcelino.

obispo, tal vez con ayuda de algunos católicos, y lo descuartizó bárbaramente (4).

Esta sedición merecía un castigo; pero como la víctima había sido un obispo, se limitó Juliano a dirigir a los alexandrinos una homilía, en que, sin embargo, se hacían algunas amenazas contra los que en lo sucesivo se atrevieran a infringir la ley; mansedumbre que no era de justicia ni siquiera de gobierno.

Muerto Jorge, reapareció Atanasio en Alejandría, volviendo a tomar posesión de su silla. Su presencia se señaló al momento con nuevas disputas, un nuevo concilio y un símbolo nuevo, redactado esta vez de manera que pudiese atraer a algunos arrianos, pero que ofendió a los intratables, como Lucífero de Cagliari.

Intranquilos con esto los paganos de la ciudad, se quejaron al príncipe, comunicándole el violento comentario que Atanasio había añadido a las actas del concilio, y Juliano contestó con el edicto siguiente:

«Un hombre desterrado por muchos decretos imperiales debía esperar, para volver a la patria, que otro edicto imperial lo llamara, en vez de llevar la audacia hasta el desprecio de las leyes. Hemos permitido que los galileos, expulsados por el divino Constancio, vuelvan a sus ciudades, pero no a sus iglesias.

»Ahora bien: sabemos que Atanasio, impelido por su arrebatado habitual, ha vuelto a sentarse en lo que llaman ellos trono episcopal con gran descontento del pueblo religioso de Alejandría. Ordenámosle, pues, que salga de la ciudad el mismo día en que reciba nuestro rescripto, so pena de más severos castigos.»

Habiendo reclamado contra este cuarto destierro los cristianos de Alejandría, les dirigió el emperador una carta en que se leía:

«Si queréis abjurar de vuestros errores, me llenaréis de júbilo; si perseveráis en ellos, a lo menos vivid en paz y elegid a quien queráis para que os explique vuestras Escrituras: cualquiera que sea valdrá tanto como el que me pedís. En cuanto a este infatigable intrigante, instigador de tumultos, lo he expulsado ya de vuestra ciudad y hoy lo expulso de todo el Egipto.»

Y escribió al prefecto de esta provincia:

«Si antes de fin de año no ha salido de Egipto Atanasio, la legión de Alejandría pagará al fisco cien libras de oro.»

Si la distinción, establecida por Juliano, entre la vuelta de los desterrados a sus hogares y su continuación en funciones, se encontraba en los rescriptos de gracia, y hay que admitirlo así, porque el emperador mismo lo afirma, y es fácil comprender la razón, es evidente que Atanasio no estaba en lo justo y que Juliano podía reprocharle haber violado la ley (5).

(4) Amiano Marcelino no habla más que de los paganos; pero Gregorio de Nacianzo (*Disc.*, XXI, 26) parece dar a entender que algunos católicos tomaron parte en la tragedia. No habría que extrañarlo: el odio de los ortodoxos contra Jorge, que ocupaba la silla de Atanasio, era igual al que tenían los paganos al obispo cristiano.

(5) Encuentro otra prueba de ello en el hecho de no haber aprovechado Atanasio el llamamiento de los desterrados para volver a Alejandría mientras Jorge vivió, es decir, mientras su silla episcopal estuvo ocupada. Si Juliano hubiera querido devolvérsela, levantándole el destierro, habría debido empezar por remover a Jorge, lo que hubiera sido una política a la manera de Constancio, pero no a la suya. Por lo demás, Atanasio era un hombre muy incómodo para todo gobierno que no le convenía. Desterrado de Alejandría por Juliano, salió de día claro, dicen sus historiadores (Sócrates, III, 14; Teodoro, III, 8; Sozómenes, V, 15; Rufino, I, 3-4), volvió por la noche y se escondió. La Iglesia romana, que aprovechó su perseverancia, tuvo razón en hacer de él un héroe y hasta un santo; pero desdichado el gobierno que haya de habérselas con tales prelaos.

En Antioquía restauró en las inmediaciones de la ciudad el templo de Apolo, situado en el hermoso bosque de Dafne. Un incendio causado por el fuego del cielo, al decir de los cristianos, y por un devoto imprudente según Amiano Marcelino, hubo de destruirlo. Juliano no puso en duda que esta ruina, como la del palacio de Nicomedia en tiempo de Diocleciano, fuera obra de los galileos, y piadosos personajes le imputan haberse vengado con una cruel persecución. Presentan el Oronte lleno de cadáveres de mártires, y en los pozos, y en las cuevas, y en los sitios apartados del palacio, restos de cristianos inmolados, cráneos de niños y vírgenes que habían servido para abominables sacrificios.

Los paganos, durante mucho tiempo, habían acusado a sus adversarios de inmolar niños en orgías tenebrosas; pues ellos a su vez fueron acusados de crímenes idénticos: es la ordinaria justicia de los partidos.

Pero contra estas afirmaciones calumniosas protestan la vida de Juliano y todo su ser moral, que es también un documento histórico y el más precioso para juzgar a un príncipe. En represalias del incendio del templo dáfneo mandó cerrar la grande iglesia arriana de Antioquía, cuyos bienes confiscó, acaso en ejecución del decreto sobre restituciones, y para descubrir a los incendiarios ordenó someter a cuestión de tormento a muchos fieles. Uno de ellos, Teodoro, fué ejecutado, y cuatro soldados habían ya tenido la misma suerte por desacato a los dioses y acaso también al emperador. Teodoro le había llamado tirano y el más despreciable de los hombres; alguna resistencia a obedecer militarmente por causa de religión, como vimos en tiempo de Diocleciano, había motivado la muerte de los soldados, y las palabras de Teodoro constituían crimen de lesa majestad.

Antiguas leyes autorizaban estas sentencias inicuas. Pero Juliano había declarado cien veces que no emplearía nunca la violencia contra los cristianos, y un clérigo acababa de caer bajo la cuchilla. Ciertamente que se irritó contra el juez, que era tío suyo: «¿Qué has hecho? le dijo; ¿no sabes que no quiero esas ejecuciones? ¿Qué dirán contra mí ahora que les has dado un mártir?»

Sus amigos eran de su misma opinión. Libanio deploraba que por las torturas infligidas a Marcos de Aretusa, le hubieran elevado a la categoría de semidios. Y escribe al gobernador de Fenicia: «Da libertad a Orión, antes que hacer de él un santo.»

Era la nueva política, que no debía ser más eficaz que la de Diocleciano, pero a lo menos era más noble. La encontramos en acción en la traslación de los restos del mártir Babilas, que tenía su sepulcro en el bosque de Dafne. «No pudiendo sufrir Apolo la vecindad de este muerto, dice Libanio, abandonó su templo y la fuente de Castalia dejó de dar oráculos.» Cuando Juliano llevó al bosque sagrado los restos de los muertos que allí se habían sepultado.

Babilas se alejó a su vez: los fieles exhumaron su cuerpo y lo llevaron procesionalmente a una iglesia de Antioquía. El emperador vió el cortejo y los irritados ojos de los cristianos; oyó los cánticos del salmista, elegidos de intento para la maldición del impío, y sin embargo, no hizo nada para turbar la piadosa y a la vez amenazadora ceremonia. Como tenía interés en no aumentar el número de los mártires, no quiso molestar a los que los honraban, y tenemos el derecho de deducir de aquí que las reliquias profanadas en otras partes, lo fueron en tumultos populares, sin orden y contra las intenciones del príncipe.

Temió, sin embargo, que estas pompas fúnebres vinieran a ser para los dos partidos un medio de contarse y una ocasión de combate, y prohibió por un decreto los funerales durante el día. Su política valía más que su filosofía, que le había hecho decir con Jamblico: «No conviene responder como a hombres a los que niegan a los dioses, sino que es preciso perseguirlos como animales feroces.» La práctica del gobierno había templado al sectario; y en efecto, suele hacer estos felices cambios.

Con todo eso, colmaba de favores a Antioquía: condonación de todos los atrasos del impuesto; rebaja de un quinto en las cuotas; distribución entre los ciudadanos pobres de 3.000 lotes de tierras, sin duda de las comunales, de que sólo se aprovechaban los ricos; aumento del senado por la elección de doscientos nuevos curiales, a fin de que repartidas las cargas en mayor número fueran individualmente menos onerosas. Para conjurar un hambre inminente sacó de Egipto grandes partidas de trigo, y para restablecer el orden en las rentas de la ciudad, encargó a hombres tan hábiles como íntegros de su administración.

Pero con la mira de combatir la elevación creciente de los precios y lo que llamaba él la insaciable codicia de los propietarios, hubo de establecer un *maximum*; mala medida que interrumpió el abastecimiento ordinario de la ciudad, trajo la escasez de víveres y llevó a su colmo la irritación popular.

En esta ciudad apasionada y frívola, cuya verdadera religión era el placer, paganos y cristianos, todos eran dignos unos de otros, poco más ó menos, y todos también inculparon al emperador por la inclemencia de las estaciones. Ya los había ofendido él con su desdén a las diversiones que les eran favoritas, en el circo y en el teatro; con su afectación de traje descuidado, con su devoción minuciosa, y por decirlo todo de una vez, con la austeridad de su vida.

Muy luego empezaron las pullas y dicharachos, y lo llamaron oso, mono, y por alusión a sus numerosos sacrificios, victimario (1). Por menos ultrajes, hubo de hacer degollar Licinio dos mil habitantes de Antioquía. Juliano se vengó con una sátira. Pero ¿debe un príncipe vengarse de ninguna manera?

El *Misopogón*, ó el *Enemigo de la barba*, cuyo argumento es ingenioso, sería una obra encantadora sin la difusión, que muestra que Juliano no tuvo tiempo de ser breve. Escribía aprisa y se preciaba de ello, doble inconveniente que le impedía escribir bien. «Arquiloco y Alceo, dice, se vengaron con sarcasmos de los que los habían ultrajado. La ley me prohíbe acriminar a hombres que se han declarado enemigos míos, pero no me prohíbe burlarme de mí mismo. Empezaré por la cara: la naturaleza no me la ha hecho hermosa ni seductora, y como le he añadido yo una enorme barba, donde corren los animales lo mismo que en un bosque (2), no puedo comer ni beber mucho, no sea que me trague algunos pelos.

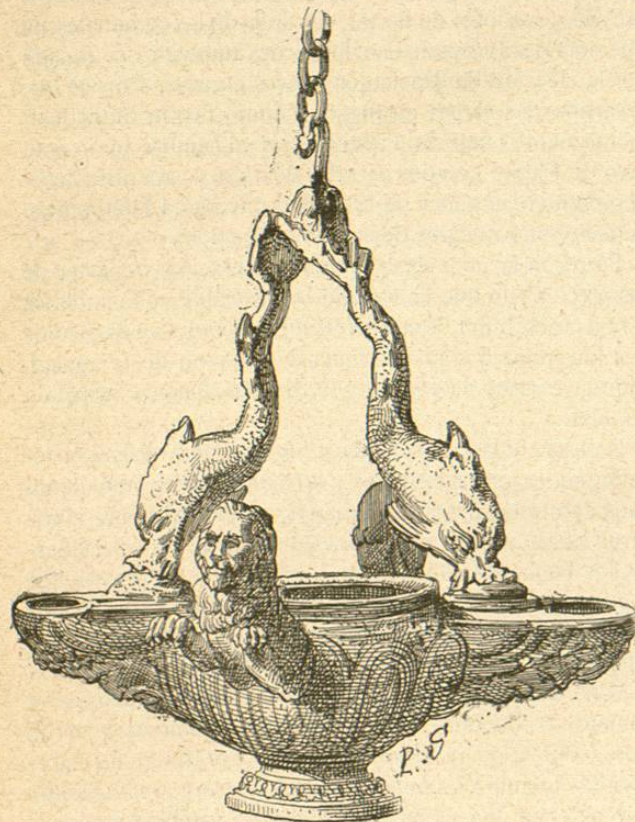
»En cuanto a recibir ó dar besos, no hay que pensar en ello, pues mi barba de macho cabrío daría miedo a vuestros lindos mancebos. Vosotros os depiláis cuidadosamente todo el cuerpo, sin duda a causa de la sencillez de vuestra vida, y yo tengo velludo el pecho como un león y los dedos

(1) Merecía este mote por la multitud de víctimas que sacrificaba. V. A. Marcelino, XXII, 12 y 14. Se mezclaba en las procesiones rodeado de devotas, *stipatus mulierculis* (*id. ibid.*), palabras que Gregorio de Nacianzo (*Disc. sobre S. Babilas*, 14) traduce naturalmente por mujeres de mala vida.

(2) Se han tomado a la letra estas palabras; pero no eran sino una burla de los antioqueños, proponiéndose ridiculizar a unos hombres tan bien peinados siempre ó depilados.

manchados de tinta. Mi vida no es más amable que mi cara. Aborrezco el circo, el teatro, de que no me cuido más que las ranas del pantano, ni admito representaciones en la corte sino el primer día del año. Y aun así, ¡qué triste figura hago en ellas!

»Noches de insomnio, pasadas sobre una estera, sin que nada satisfaga mi corazón salvaje, y comidas de legumbres que no extinguen nunca el apetito, me han dado un carácter fosco, con que no se aviene justamente una ciudad floreciente, albergue de músicos y danzantes, histriones y mujeres desvergonzadas; y mancebos más numerosos que



Lámpara de bronce encontrada en París en 1863

los ciudadanos, y donde todos, mozos y viejos, están de francachela todo el día y toda la noche de crápula.

»¿Crees que tu rusticidad, me diréis, puede acomodarse á nuestras costumbres y tu templanza embellecer tu alma? ¿Qué es la templanza? Ni conocemos el nombre ni la cosa. ¡Vivir como tú, esclavo de los dioses y de la ley, aceptar la igualdad con sus semejantes, impedir que el rico oprima al pobre, y para esto arrostrar los odios, las iras, los ultrajes sin enfadarse! ¡Qué irrisión! ¡Viva la libertad! Tú que tiembles ante nuestros epigramas, ¿cómo lo harás, valiente, para arrostrar las flechas de los persas? No quieres que te llamen señor, pero quieres que se obedezca á los magistrados y á las leyes. Mejor querríamos llamarte señor y quedar libres, no estando ya obligados, los ricos, á ser justos en el tribunal, los pobres á no calumniar á los ricos.»

Juliano les recuerda la historia de Seleuco, el fundador de aquella ciudad, cediendo su mujer, la hermosa Estratónice, á su hijo Antíoco, á quien iba á quitar la vida una pasión culpable.

«Tales son vuestros mayores, dice, y conserváis de ellos la molición, como yo, que soy ilirio, conservo de los míos en mi niñez: Si quieres carreras de carros, danzas viriles, cantores y flautistas, Homero te los dará: toma el libro y lee. El te hará ver también paisajes más bellos que todas

las decoraciones de teatro, y la isla de Calipso, y los jardines de Alcinoos.

»Este preceptor era un bárbaro, un escita, que me enseñó á poner la virtud por encima del placer, como esos otros bárbaros de la selva Hercinia y del país de los celtas entre los cuales he vivido tanto tiempo y cuyas costumbres son honestas y puras.

»Ya veis que ahora soy demasiado viejo para mudar de costumbres ya inveteradas: si lo intentara, á pesar de ello, perdería mi rudeza, sin ganar vuestra urbanidad.»

Y todavía continúa buen espacio poniendo en ridículo la vida afeminada y las costumbres vergonzosas de los habitantes de Antioquía.

Poseído de la manía de disertar y de escribir, Juliano hubo de olvidarse á veces de reinar. Aplaudimos que en Lutecia, para engañar el tedio de la inacción en que Constantino lo tenía, diera parte del tiempo al estudio; pero no puede agradarnos que, ya emperador, tenga siempre los dedos manchados de tinta; que en Constantinopla escriba los tratados sobre el *Dios Sol* y contra los cínicos; en Pesinonte, un tratado sobre *Cibeles*; en Antioquía, el *Misopogón* y una obra contra los cristianos, obra de que algunos se han servido en tiempos modernos, en el siglo XVIII, para combatir la Biblia y los dogmas católicos; en fin, no sabemos dónde, los *Césares* y multitud de libros hoy perdidos, que los cristianos acaso destruyeran, como borraron pasajes en los escritos de este príncipe que nos quedan. Bien dice que sólo empleaba las noches en este trabajo; pero si estas obras, siempre honestas, á menudo confusas, salvo la última, que es la mejor, pudieron componerse de noche, se pensaron á buen seguro de día y hacen temer que, en la inacción del palacio, su espíritu ligero, mordaz y místico á la vez, se complaciera en aguzar sarcasmos más que en redactar decretos y que los negocios de Estado lo atrajeran menos que las devociones minuciosas, las fantasías alejandrinas y el porvenir buscado en las entrañas de las víctimas.

Amaba á Platón, guía encantador, á veces peligroso, y Aristóteles era para él la otra columna del templo erigido por el helenismo á la filosofía y á la religión verdadera; pero la firme voluntad del Estagirita cortaba los vuelos del imperial soñador. «Aristóteles no hizo, dice, más que ridículos esfuerzos para buscar el más allá;» y esta investigación es toda la filosofía de Juliano. Cree á pie juntillas en los oráculos y en los presagios, y después de haber hablado del milagro que señaló la entrada de Cibeles en Roma, añade:

«Los espíritus fuertes ó despreocupados dirán que estas cosas son cuentos de vieja; pero yo me fio más del testimonio popular que de esos genios sutiles que no ven nada sanamente.»

Esta credulidad, muy buena para un devoto, no lo es ya tanto ni mucho menos para un príncipe, porque no permite esa fe ciega formarse idea clara de las cosas. Las de aquel tiempo, tan singularmente turbadas, habrían tenido necesidad de la mirada penetrante de un hombre de Estado y no de las sutiles preocupaciones de un príncipe á quien llaman sus amigos el gran filósofo, φιλοσοφάτατος.

No habríamos mencionado su refutación de los Evangelios, de que no poseemos más que los extractos conservados por San Cirilo, si este libro no le hubiera inspirado sin duda un proyecto que hizo gran ruido en el mundo (1). Los

(1) Al decir de San Cirilo, esta obra de Juliano hubiera quebrantado la fe de muchos fieles. En sus *Estudios históricos*, dió Chateaubriand un análisis de estos fragmentos, que no he creído debía reha-

hombres de la antigua ley tenían para con los de la nueva el odio de la madrastra, que rehusa reconocer á sus hijos. Este odio de los judíos á los cristianos les valió de título meritorio con Juliano, el cual, para darles una satisfacción que fuera al mismo tiempo una prueba de la inanidad de los Evangelios, quiso restablecer el templo de Jerusalén que Jesús había condenado (1).

Los trabajos comenzaron, pero un milagro hubo de interrumpirlos: dos globos de fuego que estallaron de repente dispersaron á los operarios. Así lo dice Amiano Marcelino; pero el viejo soldado, cuyo testimonio hay que admitir cuando refiere lo que ha visto, tiene una credulidad demasiado ingenua cuando se trata de presagios. En el Asia Menor y la Siria ocurrieron por entonces, como en frecuentes ocasiones, varios terremotos, que en breve intervalo

cer, y lo reproduzco, á fin de mostrar la índole de las objeciones que el emperador y los paganos de su tiempo oponían al cristianismo:

»Juliano remonta hasta Moisés, compara su sistema de la creación del mundo con el de Platón y da la preferencia á este último.

»Después de haber creado al hombre, dice Dios: «No es bueno que el hombre esté solo,» y crea á la mujer, que pierde al hombre.

»¿Qué pensar de la serpiente que habla? ¿En qué lengua habla? Después de esto, ¿cómo burlarse de las fábulas populares de la Grecia?

»Dios prohíbe á nuestros primeros padres el conocimiento del bien y del mal; les veda tocar al árbol de la vida temiendo que se hagan inmortales. Blasfemias contra Dios ó alegorías. Entonces ¿por qué desechar los mitos filosóficos?

»Dios elige para pueblo suyo predilecto á los hebreos. ¿Cómo, pues, un Dios justo abandona á las demás naciones? Entre los griegos, el Dios creador es el rey y el padre común de los hombres.

»Queréis que creamos en la torre de Babel; y no queréis creer vosotros en los gigantes de Homero, que pusieron tres montañas unas sobre otras para escalar el cielo.

»El Decálogo no contiene más que preceptos vulgares; el Dios de los hebreos es un Dios celoso que no sufre ningún otro. ¡Oh galileos! daís un supuesto hijo á ese Dios que no lo conoció jamás.

»¿Qué Dios es ese siempre enojado y colérico, que queriendo castigar á algunos hombres culpables hace perecer cien mil inocentes? Comparad al legislador de los hebreos con los legisladores de Grecia y de Roma, con los grandes hombres de Egipto y Babilonia.

»¿Quién es ese Jesús, sobornador de los más ínfimos entre los judíos, que no es conocido hasta pasados tres siglos, que no hizo nada en el curso de su vida, á no ser curar algunos cojos y endemoniados? Según eso, Esculapio es también otro salvador de la humanidad.

»La inspiración divina enviada por los dioses no tiene más que un tiempo; oráculos famosos cesan en la revolución de las edades.

»Los galileos no han tomado de los hebreos más que su furor y odio contra la especie humana; han renegado del culto de un solo Dios para adorar á hombres miserables; como las sanguijuelas han chupado la sangre más corrompida de los judíos y les han dejado la más pura.

»Ni Jesús ni Pablo pudieron prever las quimeras que se formarían un día los galileos; no pudieron adivinar el grado de poder á que llegarían un tiempo. Engañar á algunos sirvientes y esclavos ignorantes: he aquí todas las pretensiones de Jesús y Pablo.

»¿Pueden citarse en los reinados de Tiberio y de Claudio cristianos distinguidos por su nacimiento ó por su mérito?

»El agua del bautismo no quita la lepra ni los herpes, no cura la gota ni la disenteria; pero borra el adulterio y la rapiña, y limpia el alma de todos los vicios.

»Si el Verbo es Dios, proviniente de Dios, ¿cómo es que María, mujer mortal, concibió y parió un Dios?

»Ni Pablo, ni Mateo, ni Lucas, ni Marcos se atrevieron á decir que Jesús fuera un Dios; pero cuando en Grecia y en Italia gran número de personas lo hubieron reconocido por tal, cuando comenzaron á honrar los sepulcros de Pedro y de Pablo, entonces declaró Juan que el Verbo se había hecho carne y habitado entre nosotros. Sin embargo, cuando nombra á Dios y al Verbo, no nombra á Jesús ni á Cristo. A Juan debe considerarse como la fuente de todo el mal.»

(1) Las colecciones de las *Obras* de Juliano contienen una carta suya á los judíos, n.º 27, que ha inspirado legítimas dudas á varios comentaristas. La idea de hacer de Jerusalén su capital y adorar allí á Moisés, á quien en otros lugares trata tan mal y que es la absoluta negación de su politeísmo, no pudo ocurrir nunca á Juliano.

destruyeron dos veces la ciudad de Nicomedia. Muchas otras ciudades en Palestina, en Libia, en Sicilia y en Grecia fueron también maltratadas por el mismo azote (2). Alejandría estuvo á punto de desaparecer por una marejada alta, y durante muchos años hubo de conservar tan pavoroso recuerdo en la fiesta llamada *de los terremotos*. ¿Es cierto que vaciló en sus fundamentos el mismo monte Moria al impulso de olas subterráneas? Es posible. ¿No pudiera ser que gases formados por la descomposición de materias orgánicas en lugares cerrados por espacio de siglos, se inflamaran al contacto del oxígeno del aire, cuando la piqueta del operario abrió los subterráneos? Es probable. Interesados los cristianos en que se realizara la profecía de los Evangelios contra el templo, añadieron al fenómeno natural circunstancias maravillosas, cuya narración, rápidamente propagada, llegó á oídos de Marcelino. Sobre esto, habiendo impedido la continuación de los trabajos, primero, la guerra de los persas, y luego la muerte de Juliano, pareció verificada la maldición pronunciada por Jesús contra el santuario de Jehová.

VII - LA GUERRA DE PERSIA. - MUERTE DE JULIANO

Entretanto, no olvidaba Juliano que el vencedor de los alamanos y de los francos tenía que vengar en los persas los grandes agravios del imperio y prevenir las reincidencias derribando al belicoso príncipe que de veinte años atrás venía haciendo tan dura la vida en la frontera romana. El Occidente estaba tranquilo: Salustio velaba por el reposo de la Galia, y en el Rin y en el Danubio permanecían quietos los bárbaros, que sólo tenían audacia para removerse cuando imperaban príncipes afeminados.

La fama había llevado muy lejos el nombre del joven victorioso, que había venido á ser el jefe del mundo romano. Todos los pueblos fronterizos le habían enviado embajadas y presentes; se los habían enviado hasta de la India; y las tribus de la Mauritania independiente habían solicitado ser recibidos en su imperio.

A su llegada á Constantinopla le hubieron de proponer los cortesanos una expedición contra los godos: «Iré, les contestó, iré primero á buscar enemigos más temibles. Dejad que los traficantes galatas vendan y compren gente de esa en todas partes.» En el Danubio, volvió Juliano á la política defensiva de Diocleciano; reparó, en la Tracia y á lo largo del río, todas las fortalezas, las proveyó copiosamente de armas, vestuario y víveres, y aseguró la paga regular de los soldados. «Mientras este gran príncipe imperó, añade Amiano Marcelino, ningún bárbaro pasó la frontera.»

Durante el invierno de 362 se terminaron los preparativos para la guerra persica: sesenta mil hombres se encontraban reunidos bajo sus banderas, y más de mil barcos de transporte, muchos de ellos de cuero, cincuenta galeras de combate y otros tantos pontones para el paso de los ríos, construídos todos para la expedición, esperaban en el Eufrates.

El 4 de marzo salió Juliano de Antioquía, sin dejar en ella sus rencores, pues le dió por gobernador «á un hombre que no merecía el puesto, pero que los habitantes de Antioquía merecían por amo.» Púsose en camino con los compañeros habituales de sus viajes, algunos libros de

(2) Cf. Libanio, *Disc.* XII, que habla de muchos terremotos en Palestina, reinando Juliano, y A. Marcelino, XXII, 13, y XXIII, 1. Constantinopla tuvo también temblores de tierra y Nicea quedó casi destruída el 4 de las nonas de diciembre. Es de notar que San Jerónimo no hable de semejante milagro.